

ÉL, AVENTURERO. ELLA, HOGAREÑA: EL SIGLO XIX Y LA FICCIÓN DISOCIADA EN
FUNCIÓN DEL SEXO

ÉL, AVENTURERO. ELLA, HOGAREÑA: EL SIGLO XIX Y LA FICCIÓN
DISOCIADA EN FUNCIÓN DEL SEXO

Ana Fernández Mosquera
María Dolores González Martínez
Universidade de Vigo
phili@vodafone.es
nekane@uvigo.es

Resumen

A finales del siglo XIX, cuando se asentaron muchas de las características de la literatura infantil actual, aparecieron una serie de géneros literarios destinados específicamente a niños o a niñas. Este estudio pretende analizar las causas de tal segregación, mostrar los diferentes géneros surgidos y resaltar los modelos y principios morales que cada uno pretende transmitir.

Palabras clave: ficción infantil del siglo XIX, roles de género, ideología, imperialismo, vida doméstica, convenciones victorianas

Abstract

At the end of the nineteenth century, when many current children's fiction characteristics were established, a number of literary genres appeared and were addressed specifically to boys and girls. The aim of our study is to analyze the reasons behind that separation, to enumerate the new different genres and to highlight the roles and moral values that each of them attempted to present.

Key words: nineteenth-century children's fiction, gender roles, ideology, empire, domesticity, Victorian conventions

1. Introducción

El siglo XIX es una época trascendental en la literatura infantil y juvenil anglosajona porque se produce el descubrimiento del niño como receptor de literatura y comienza a surgir una verdadera industria en torno a este hecho, que revolucionará la ficción infantil y juvenil y dará lugar a muchos de los clásicos conocidos por lectores de todo el mundo que han pervivido hasta nuestros días en pleno siglo XXI.

El siglo XIX supone una reacción contraria al siglo anterior y se caracteriza por el nacimiento de una literatura infantil cuyos signos de identidad son la

imaginación, la fantasía y la preocupación estética. Se empiezan a tener en cuenta las necesidades del lector meta y el hecho de que el niño disfrute con la lectura reemplaza en gran medida a la función ética. Se aprecia un nuevo modo de dirigirse al joven lector, que deja de ser considerado un ser inferior para ser tratado como un igual. Surge el concepto de infancia, no simplemente como tramo de edad, sino estudiando sus necesidades propias.

A mediados de siglo la preocupación calvinista por el pecado original, que hacía del niño un ser malo que debía ser santificado para que se salvase, fue reemplazada por una nueva concepción de ser puro ya sugerida por Jean Jacques Rousseau en el siglo XVIII. Esta nueva visión le dio más poder al niño, lo capacitó para denunciar la hipocresía de los adultos y guiarlos por el buen camino. Las novelas plasmaron un comportamiento de la infancia más libre porque, por una parte, la sociedad había cambiado y, por otra, también se relajó la obligación de los escritores de retratar la sociedad como debiera ser y se les permitió presentarla como realmente era (Hunt: 2001, xiv).

El siglo XIX marca un periodo de transición en la historia de la literatura infantil británica. Los autores que publican durante la primera mitad del siglo mantienen su fidelidad a la tradición didáctica y moralizadora, lo cual es reflejo de la situación socio-cultural del país, donde no hay conciencia del niño como lector y por lo tanto no existen escritores especializados en literatura para la infancia. Se publican obras que van dirigidas tanto a niños como a niñas. A mediados de siglo, como rechazo y denuncia a las rigurosas convenciones sociales de la época victoriana, surgen escritores que se rebelan, bien produciendo obras de crítica social, o bien entregándose a la fantasía, al humor o a la burla, de modo que se impone la preocupación estética y recreativa. Entre los primeros destaca Charles Dickens, quien escribió muchas obras que, aunque no nacieron como lectura infantil, fueron leídas con la misma avidez por adultos y niños. Plantea al lector las grandes cuestiones sociales de una época caracterizada por las restricciones y los abusos. Con todo, la problemática social como ficción para niños no es representativa como género en la literatura inglesa hasta las últimas décadas del siglo XX.

Entre los escritores fantásticos victorianos sobresale sin duda por su imaginación Lewis Carroll, quien establece definitivamente la fantasía literaria caracterizada por la belleza del lenguaje y de la rima con su obra *Alice in Wonderland* (1865). Dos décadas antes Edward Lear había creado el "nonsense" o literatura del absurdo y lo había convertido en un arte con su libro *A Book of Nonsense* (1846), compuesto por breves, cómicos y disparatados poemas infantiles de gran calidad lingüística. Las obras clásicas del "nonsense" británico están desprovistas de principios morales y se entregan a la imaginación, por lo que han influido profundamente en la evolución de la literatura infantil actual. La fantasía adquiere, en cierto modo, una función de denuncia y permite expresar el desacuerdo con el sistema, invertir los dogmas y liberarse de las frustraciones.

Con el triunfo de la fantasía en la literatura las niñas, aunque seguían teniendo buenos modales y decoro, dejarán de ser tan sumisas y de estar confinadas al ámbito

doméstico y pasarán a ser dinámicas, enérgicas, aventureras, e independientes, rompiendo con el modelo ideal femenino existente hasta el momento. Podemos considerar a Alice el punto de partida que animará a muchos autores a atreverse a presentar heroínas rebeldes. El retrato de protagonistas emprendedoras fue un avance revolucionario en la sociedad victoriana represiva. Edith Lazaros Honig afirma en su obra *Woman Power in Victorian Children's Fantasy* que en una obra fantástica se pueden romper las convenciones sociales sin provocar escándalo:

An independent heroine could be readily dismissed as part of the delightful reversal of reality, all the while insidiously presenting a subversive feminist message that was there for the reader to note or disregard (Lazaros Honig: 1988, 71).

Este gran auge de la literatura infantil se debió también, además de al gran desarrollo de la fantasía, a factores muy diversos como el resurgimiento evangélico, la escolarización, los cambios tecnológicos en la producción de libros, la propia construcción cultural de la infancia o el cambio progresivo de la posición de la mujer en la sociedad.

La ley parlamentaria de 1870 hizo obligatoria la enseñanza básica y en 1880 se crearon un millón de nuevas plazas, por lo que los niveles de alfabetización aumentaron considerablemente. El público infantil se fue convirtiendo en un sector muy importante dentro del mercado editorial de modo que nacieron nuevos departamentos juveniles en las editoriales como Macmillan y Routledge, siendo los editores juveniles los primeros en emplear los nuevos métodos de producción. Los avances tecnológicos en el campo de la impresión mejoraron notablemente la calidad de los libros respecto a su tamaño, ornamentación y color. Las editoriales Chambers Cassell, Blackie y Nelson dominaron el mercado junto con editoriales cristianas como la *Religious Tract Society*, que tradicionalmente había publicado para niños, y en el tono de sus publicaciones se reflejan los valores de la nueva sociedad:

The values which even the RTS and the SPCK sought to pass on to children through their stories changed, whether in response to these specific challenges or to those of a changing society; and the didactic tradition of writing for kids eventually merged with other traditions of juvenile fiction (Bratton, 1984: 191).

En el siglo XIX, al igual que en la actualidad, existía una distinción entre literatura popular y una ficción de calidad considerada superior. Sin embargo, entonces la literatura popular, caracterizada por el didacticismo y el sensacionalismo, iba dirigida a las niñas de clases pudientes y a la infancia de clase obrera, mientras que la otra literatura se reservaba para el sexo masculino de las clases altas y transmitía una elevada ética moral. Ciertos sectores estaban en contra de que la clase baja fuese alfabetizada por temor a que tuviese acceso a lecturas que podrían incitar a sus miembros a la revolución o a que descuidasen sus labores. Con el tiempo, la lectura dejó de percibirse como un acto peligroso y se relajó el control sobre las

producciones, pero en el caso de la clase obrera se aprovechó el nuevo fervor por la lectura para ejercer control social:

The outburst of enthusiasm for education, therefore, was inspired by no simple desire to spread the art of reading. It was an attempt, variously motivated but united in its assumptions, to direct and control the education of the people and to channel their literacy as soon as, or even before, they attained it (Bratton, 1981: 19).

Desde mediados de siglo asistimos a una tendencia a la separación en la ficción dirigida a un público femenino o masculino, aunque será en el último tercio de siglo cuando se acentúe. Esta división origina dos corrientes, una que se ocupa de personajes masculinos y sus actitudes convencionales, y otra corriente que se centra en las protagonistas femeninas y que nos muestra las preocupaciones e intereses que los estereotipos han marcado tradicionalmente como femeninos. Esta segregación respecto a los géneros fue motivada por dos factores destacables, la existencia de unas condiciones sociales particulares y las propias decisiones editoriales que pretendían aumentar el número de libros publicados.

La mayor parte de la literatura infantil dejó de dirigirse a ambos sexos para afianzar conductas que empezaban a tambalearse debido a las nuevas reformas sociales y legales exigidas por las mujeres de la época en busca de una mayor independencia, y debido también a las dificultades que comenzaban a tener los hombres en su tarea de gobernar tanto el país como el vasto imperio británico. La idea era inculcarles a los niños una idea de masculinidad consistente en habilidad para competir en el ámbito público y a las niñas una de feminidad ligada a ocuparse de la esfera privada que se reducía al hogar. El mejor modo de inculcarles a los niños y niñas cómo habían de comportarse y cómo habían de entender el mundo era a través de la lectura. "The result was that images of masculinity and femininity in children's books began to be more exaggerated, and books began to be written and marketed with gender very much in mind." (Reynolds, 1994: 30).

En ese intento de formar las conciencias de los adolescentes de acuerdo a la nueva ideología se hizo necesario variar las lecturas recomendadas. Así, los muchachos fueron instados a leer preferiblemente no ficción, publicaciones informativas o, a lo sumo, novelas de aventuras y escolares con alto contenido patriótico, porque se trataba de inculcarles un pensamiento lógico y enseñarles a controlar sus emociones para así poder controlar el imperio. A su vez, las publicaciones dirigidas a las niñas se esforzaron por transmitirles la necesidad de ser femeninas y convencerlas de que debían comportarse de acuerdo a un modelo de resignación y autocontrol. A partir de la década de 1890 resultó ser recomendable para las jovencitas leer novelas en su tiempo libre, gran cambio con respecto a los tradicionales prejuicios de que las chicas leyesen por miedo a que desarrollasen su cerebro en vez de su cuerpo, o a que descubriesen temas poco femeninos, o a que descuidasen sus quehaceres domésticos. Kimberley Reynolds explica el nuevo visto bueno a la lectura femenina por la aparición de la novela doméstica que, además de

ser del gusto de las lectoras que hasta entonces tomaban prestados los textos de sus hermanos, resulta del agrado de los adultos porque les inculca valores de decencia, sumisión, disciplina y pasividad. Como las chicas demandaban una literatura más entretenida se decidió proporcionársela antes de que siguiesen corrompiéndose con los textos de los chicos (Reynolds, 1994: 95).

Conviene aclarar que este estudio pretende ofrecer una aproximación a los diversos géneros de ficción que comenzaron a surgir teniendo en cuenta el sexo del lector infantil y juvenil del siglo XIX. Los lectores objeto de este estudio pertenecen a la clase media o media-alta victoriana, porque eran 'las que tenían mayor acceso a la cultura y por ello muchos personajes pertenecían a ese mismo estrato social. Las obras seleccionadas son todas ellas obras de ficción, porque la no ficción en forma de libros de viajes, literatura de consolación o prensa, aunque también llegaba a manos de la infancia, lo hacía en menor medida.

2. Lecturas destinadas a las niñas

El interés por escribir para las jovencitas coincidió en el tiempo con un interés creciente en el tema de la educación de las chicas porque el sistema escolar público para chicos estaba consolidándose pero para las féminas no existían unos objetivos muy definidos, debido precisamente a la ausencia de un rol específico destinado a la mujer. Los libros para chicas surgieron precisamente cuando se consideró necesario que las chicas leyesen una cierta clase de material que les proporcionase una idea exacta de lo que era la feminidad y que fomentara su pureza. No se puede negar, y existen testimonios de que de hecho sucedía, que las chicas en numerosas ocasiones leían lo mismo que sus hermanos porque su canon literario resultaba muy aburrido, mientras que el de los chicos rezumaba acción y violencia. Esta nueva clase de libros que surgieron no supusieron nunca una ruptura o una verdadera sustitución con lo que las chicas de esta época leían, sino que se produjo un interés creciente por la ficción en general; las novelas domésticas convivían con las novelas sensacionalistas e historias de segunda categoría.

Se consideraba que las jovencitas victorianas tenían que leer para mitigar el aburrimiento; el leer era considerado como una actividad peligrosa y estéticamente resultaba encantador ver a una chica con un libro entre las manos, de hecho existen numerosos retratos de niñas leyendo en esta época. También es importante mencionar que la lectura proporcionaba a las niñas un aprendizaje sobre la lengua que resultaría fundamental en sus posteriores contactos sociales. No obstante, la sociedad victoriana consideraba a las niñas como unas criaturas altamente impresionables y por tanto cuidaban de manera especial lo que debían leer estas jovencitas.

Las obras que van surgiendo no eran demasiado entretenidas desde el punto de vista de nuestra época pero sí resultaron algo novedoso en el siglo XIX, aunque es verdad que muy probablemente las chicas siguieron disfrutando más con las novelas de aventuras que se escribían para sus hermanos y con sus escritores favoritos que, según menciona el crítico Edward Salmon en su obra *Juvenile Literature as it is*

(1888), eran Dickens, Walter Scott, Kingsley, William Shakespeare, Eliot y Lord Lytton.

Deborah Gorham en su artículo "The ideology of femininity and reading for girls, 1850-1914" distingue tres fases con respecto a la literatura para chicas en la segunda mitad del XIX (Hunt: 1987, 41). El período que abarca desde 1850 a 1880 lo denomina Gorham "*literature for the daughter at home*". La mujer es vista como el ángel del hogar, es decir, la encargada de realizar las tareas del hogar, cuidar a los hombres tras el duro enfrentamiento diario con el mundo y vigilar y elevar la moral de los niños y de los hombres. Las niñas debían ejercer una influencia positiva sobre sus hermanos y se suponía que en general las mujeres refinaban a los hombres. Por esta razón el escenario más habitual de la literatura para chicas será el hogar y de ahí la novela doméstica. La ficción para chicas toma entonces el realismo doméstico como su modelo perfecto, se nos muestran ambientes domésticos, familiares o vecinales, localizados y normalmente contemporáneos. Es en esta esfera privada de la casa y de la familia donde la heroína crece hasta convertirse en ideal de mujer caracterizada por el sacrificio, el servicio y la responsabilidad doméstica. De este modo, la literatura para chicas reforzaba la realidad.

Consideramos que la escritora victoriana Charlotte Yonge fue una de las primeras en darse cuenta de la necesidad de la existencia de una ficción para las chicas porque consideraba que existía una edad en la que las éstas se volvían demasiado mayores para disfrutar de las "nursery tales" y probablemente pensaba Yonge que las chicas, ya no tan niñas, estarían deseando identificarse con heroínas que mostrasen características similares a las suyas y que sufriesen con sus problemas relacionados con la educación o con sus hermanos. Para las chicas las historias de familia trataban de presentar su papel como hijas y hermanas de los llamados a sostener el Imperio Británico de un modo atractivo y en cierto modo glamoroso que les ayudase a aceptar el papel secundario que desempeñaban en la sociedad de aquella época. Muchas escritoras de talento se dedicaron a escribir para las jóvenes: Annie Keary (1825-79), Elizabeth Sewell (1815-1906), Charlotte Yonge (1823-1901), Juliana Horatia Ewing (1841-85) o Mrs Molesworth (1839-1921). Entre estas escritoras fue Charlotte Yonge la más prolífica e importante de su generación; la autora contribuyó de manera decisiva a crear el género y darle impulso y además proporcionó el referente para la obra que se convertiría con el paso del tiempo en un clásico de este género y de la literatura infantil y juvenil en general, *Little Women* (1868) de Louise May Alcott.

Yonge retrató a la perfección a esta niña de la era victoriana temprana, una niña que pertenecía a una clase social alta, era de buena familia y cultivaba su inteligencia. Sus protagonistas aprenden alemán, francés, italiano, griego o latín, botánica o arquitectura religiosa. Estas niñas tampoco acudían al colegio y su deber primero era hacia su familia y a las cuestiones domésticas. Su tiempo se repartía entre el estudio, las visitas y los quehaceres cotidianos, si faltaba la madre en la familia de estas niñas; sus ocupaciones se multiplicaban atendiendo a sus hermanos, leyendo el periódico para ellos, jugando a las cartas, tocando algo de música, educando a los

chicos si no podían acudir al colegio y, lo que era más importante, velando por sus hermanos en cuanto a su moralidad y comportamiento. La idea victoriana de que la mujer era moralmente superior al hombre se ve reflejada también en la literatura para chicas porque en ellas recaía la responsabilidad moral de la familia, con lo cual su papel adquiría una dimensión muy importante, o al menos eso era lo que Charlotte Yonge quería transmitir a sus lectoras.

La segunda fase propuesta comprende los años 1880 a 1890 aproximadamente. Se denomina "*literature for the widening sphere*". En esta época se empezó a cuestionar el ideal de feminidad basándose en que era muy restrictivo y difícil de cumplir para la clase media-baja e imposible de cumplir para las muchachas obreras, que sí tenían que moverse en el ámbito público para trabajar (aunque su ocupación más frecuente era la de empleadas del hogar). Se inician campañas en favor de la educación para que las mujeres pobres puedan formarse para después ganarse el sustento. Estos cambios en las percepciones y experiencias del sexo femenino se reflejaron en la literatura destinada a las jovencitas.

Es en esta época cuando surge un tipo nuevo de publicación que es la revista de chicas. El primer periódico diseñado especialmente para chicas fue *Every Girl's Magazine* (1878-88), pero pronto fue superado en tirada por *The Girls' Own Paper* (1880-1965), publicado por la *Religious Tract Society* y que pronto se convirtió en el semanal más representativo. El tono es conservador y está destinado a instruir a las chicas de todas las clases sociales para sus responsabilidades de adultas, aunque a la vez es entretenido y apropiado para el nuevo modelo de chica de finales del período victoriano. *The Girls' Own Paper* se preocupaba por las relaciones afectivas de las chicas y el ambiente doméstico que las rodeaba; consecuentemente ofrecía gran variedad de artículos con la intención de entretener e informar: artículos sobre cosmética o bordado, consejos sobre moda y hogar, así como sobre nuevas oportunidades en la educación y empleo de las mujeres, y ficción. La revista tenía diferentes secciones, unas más moderadas y otras más progresistas: "The magazine did open up the possibility of new opportunities, but it also suggested that its readers should conform to the principles of Victorian femininity, in a modified but still recognizable form." (Hunt, 1987: 51).

La gran cantidad de títulos de estas publicaciones nos da una idea de lo importantes que eran en la vida diaria de estas jovencitas victorianas; así tenemos *Atalanta*, *Empire Annual for Girls*, *Every Girl's Magazine*, *Girl's Best Friend*, *Girl's Favourite*, *Girl's Gossip*, *Girl's Home*, *Girl's own Paper*, *Girl's Weekly*, *Monthly Packet*, *Our Girl's*, *Our Magazine*, *Our Sisters*, *School Girls* y *Young Ladies' Journal* entre otras muchas.

La etapa que comprende desde la última década del siglo hasta la I Guerra Mundial es denominada por Gorham como "*the school girl*". Tras años de debatirse y mejorar la educación y de cambio en la conciencia del país, el colegio llegó a ser parte importante de la vida de muchas chicas. Entonces surgió un nuevo tipo de chica, la colegiala, y con ella una literatura que reflejaba esta nueva imagen. Es muy lógico que la novela escolar femenina emergiese con posterioridad a la masculina porque las

escuelas secundarias modernas para señoritas también se fundaron más tarde que las masculinas. Una vez creados más centros de enseñanza secundaria y convertida la educación en un hecho más cotidiano, fue necesario que pasase algún tiempo hasta que se formase un sentimiento de comunidad que se pudiese plasmar en la ficción y creciese entre las jóvenes un anhelo por conocer más sobre esos exclusivos colegios. Fue entonces cuando se pudo desarrollar la novela escolar femenina plenamente como reflejo de las experiencias que esas nuevas alumnas estaban viviendo. El género escolar comenzó a despuntar de la pluma de L.T. Meade, pero será en las primeras décadas del siglo XX cuando se desarrolle y se convierta en fenómeno literario de éxito. Meade representa la transición entre la narrativa de mediados del siglo XIX y la novela escolar del XX.

La ficción escolar tenía en común con géneros anteriores que seguía representando las vivencias de la clase media y alta, pero en general supuso una profunda ruptura con el pasado en el sentido de que las protagonistas son niñas de menor edad, se desenvuelven en comunidades de mujeres autosuficientes donde no hay cabida para la figura masculina y actúan con decisión e independencia y sin la supervisión o influencia de sus padres, lo cual les permite vivir emocionantes aventuras que eran impensables para la mayoría de las lectoras. Las novelas escolares femeninas relatan las vivencias o la maduración de la protagonista a través de las vicisitudes cotidianas que le depara la vida escolar y la interacción con las demás estudiantes. Se insiste en la importancia de cualidades loables como la amabilidad, la constancia o la sinceridad, de modo que las lectoras puedan ser movidas a imitar ese comportamiento. El sentido del honor es la cualidad más valorada y éste será el rasgo que caracterice al código ético infantil desde finales del siglo XIX hasta la II Guerra Mundial.

A medida que nos acercamos al final del siglo XIX surge la necesidad de ofrecer a estas lectoras más entretenimiento y paulatinamente se fueron introduciendo modelos femeninos en las historias de aventuras que comenzaron a centrarse más en la vida familiar y a abandonar los escenarios exóticos y lejanos. Los cambios sociales del mundo adulto que trae consigo el nuevo siglo se traducirán, sobre todo en la época eduardiana, en la aparición en la literatura juvenil de una sucesión de niñas rebeldes, revoltosas, inteligentes y un poco “salvajes” que las niñas inglesas habían empezado a conocer a través de la literatura infantil norteamericana. Estas “nuevas niñas” sustituirán a las encantadoras y decorosas niñas de escritoras como Molesworth, Mrs Ewing o Frances Hodgson-Burnett.

En la primera década del siglo XX, la categoría de “libros para chicas” estaba plenamente consolidada dentro de las listas de los editores británicos y no será hasta ese siglo cuando los libros para chicas incluyan verdaderas novelas escolares, historias de acción con tintes heroicos en la guerra de los Boer o en la India y aventuras vacacionales, de modo que podamos ver a nuestras protagonistas femeninas solas ante el peligro, protagonistas de los llamados “career books”, haciendo el papel de artistas, enfermeras o detectives. Esta cultura naciente para chicas describirá cada vez más la nueva vida de las chicas en los colegios, los deportes, la independencia y

la preparación para una profesión, de modo que los objetivos de una joven ya no se limitarán únicamente a las ideas y los modelos proporcionados por su propia familia y su entorno, que hasta el momento las había mantenido retenidas en el hogar hasta su casamiento.

Otras críticas literarias, como Kimberly Reynolds, afirman que los libros para chicas como tales y dirigidos a ellas específicamente no aparecen hasta 1880 coincidiendo con el auge de las editoriales y en general con un crecimiento de la literatura. Gilian Avery, por el contrario, defiende que la existencia de una ficción para chicas ocurre antes de 1880 y que autoras como Mary Howitt, Margaret Gatty, Catherine Sinclair y Charlotte Yonge ya escribían teniendo en cuenta a un público lector femenino en un período victoriano más temprano anterior a 1860.

La crítica y estudiosa Julia Briggs también nos muestra numerosos ejemplos de cómo las novelas escritas por mujeres se centran en personajes femeninos y presentan patrones de conducta típicamente femeninos. Según esta crítica, en estas obras de ficción para chicas se prioriza la experiencia femenina y se exploran las posibilidades de expresión femenina y de desarrollo en un mundo predominantemente masculino. Sloan Chesser escribió un manual en 1913 titulado “From girlhood to Womanhood” en el que se dirige a las niñas en unos términos que resumen el nuevo espíritu de la época que se anunciaba a finales del siglo XIX y se consolidaría en el siglo XX: “Let it be your ambition to be an all-around girl, good at games and good at lessons, able to cook a dinner or make a speech if at any moment you should be called to do so” (Chesser: 1913, 25).

3. Lecturas destinadas a los niños

El panorama literario juvenil masculino del siglo XIX está dominado por dos corrientes: la novela de aventuras, empleada para instruir los principios del imperialismo y la superioridad innata del ciudadano británico, y la novela escolar, caracterizada por determinar las normas válidas para forjar caballeros ingleses. Los dos géneros comparten un mismo ideal de masculinidad y un común compromiso imperialista.

Las novelas escolares masculinas proporcionan directrices sociales y culturales que todo joven que desee llegar a ser un adulto destacado y cortés ha de cumplir. A la vez que les inculcan la ideología dominante a las clases subordinadas, transmiten a las clases elevadas modelos de comportamiento y de conciencia, de modo que establecen uniformidad en el vestir, en el hablar y en la visión del mundo, consiguiendo así una élite que comparte la misma perspectiva ante la vida y que habla un lenguaje exclusivo. A base de repetir los mismos ritos, códigos o elementos con ligeras variaciones las novelas escolares perpetúan la imagen particular que el poder quiere ofrecer de la vida y de las costumbres en los internados privados.

El género escolar cobró auge con la publicación en 1857 de *Tom Brown's Schooldays* de Thomas Hughes. Cambia la imagen hasta entonces existente de los alumnos de internados privados como chicos indisciplinados, agresivos y toscos,

gracias a que a mediados de la época victoriana reina una nueva concepción social y de la masculinidad, y consigue que se empiecen a ver estas instituciones como preferibles a la enseñanza en el hogar. Thomas Hughes sienta el modelo de héroe de novela escolar caracterizado por la robustez física, el patriotismo y el sentido moral.

Frederick William Farrar (1831-1903) es famoso por su novela *Eric, or, Little by Little* (1858), emblema del estilo emotivo e introspectivo de los evangélicos que se caracteriza por la excesiva concentración en la moral y el fuerte sentimiento religioso. Los protagonistas lloran, declaran su amor por sus amigos y huyen de los malos hábitos para preservar la pureza de su alma. Predica, pues, lo contrario a la idea de caballeridad que empieza a instaurarse a finales del siglo XIX y que se fundamenta en refrenar los sentimientos y ejercer la deportividad. Las lágrimas pasan a ser características de la condición femenina y los hombres se definen por su valentía en la guerra y habilidad para gobernar el imperio, en vez de por su moralidad y sus dilemas de conciencia.

Han de transcurrir aproximadamente treinta años para que se publique otra novela escolar en la que se aprecie algún avance o innovación; se trata de *The Fifth Form at St Dominic's* (1887) de Talbot Baines Reed. A diferencia de las anteriores, el didactismo es más discreto, el tono más alegre y desenfadado y presta más atención a los deportes y a la amistad que a la vertiente académica, porque está convencido de que eso es lo que más les interesa a los jóvenes lectores.

Rudyard Kipling cierra el siglo con su obra *Stalky and Co.* (1899), que tiene un papel trascendental en la evolución del género escolar. Kipling disiente de ciertos aspectos de la mentalidad de su época al revelar con tono irónico y crítico inmoralidades de los colegios, aunque está a favor de forjar el carácter de los alumnos según los ideales del imperio para que de mayores sepan actuar en el ejército y en la dirección de las colonias.

A mediados del siglo XIX se comenzó a considerar que los niños tenían menos paciencia y que eran menos proclives a la lectura, por lo que se intentaba cautivarlos con libros de acción en los que el sentimiento religioso era menos patente. Surgió entonces un nuevo y emocionante tipo de narrativa realista que relataba aventuras y viajes, y rebosaba acción, violencia y entretenimiento. "The heroes put their trust in God, and fought the elements and the savages like good stout Britons, but it is their adventures that matter, not their characters." (Avery, 1975: 167).

La teoría de la novela dominante a mediados de siglo XIX abogaba por un realismo idealizado porque creían que las historias narradas sólo les ayudarían a los niños en su desarrollo emotivo y moral si se desarrollaban en un marco que ellos pudiesen identificar con su vida cotidiana. "In the boys' adventure stories there is a similar conjunction of "fact" or "truth" – scientifically correct geographical, biological or historical information – with story-telling which is shaped by quite different forces, and presents a fantasy world of action." (Bratton, 1984: 26).

Las novelas de aventuras, tan populares desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la II Guerra Mundial, descienden directamente del libro más representativo, más imitado y que más éxito tuvo del género: *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe.

Estas narraciones combinan el relato de aventuras en el mar con las vivencias del héroe en una isla desierta, abandonado a sus propios recursos y aislado de la civilización. En el siglo XIX se introdujo otro motivo dentro de este género: el de un joven inglés que pasa una temporada viviendo en la selva y regresa a su país empapado en los conocimientos tribales. Robert Louis Stevenson también le añadió el elemento de la piratería a las novelas de aventuras con su obra *Treasure Island* (1883).

Las historias de aventuras de finales de la época victoriana se distinguen de las del siglo XX en que las primeras son positivas, alardean de la supremacía británica y transmiten una atmósfera de estabilidad, mientras que las segundas revelan el clima de desasosiego social y político que se vivía en Gran Bretaña en esa época ante el temor a una invasión. Avanzado el siglo XX, los relatos de aventuras dejaron de ser lecturas esencialmente masculinas y, reflejando los grandes cambios tecnológicos, científicos y sociopolíticos, reivindicaron lectores de ambos sexos y se desarrollaron en dos vertientes que dieron lugar a la novela de detectives y a la de espionaje.

La novela de aventuras encarna la cultura imperialista y los valores tradicionales como el honor, la disciplina y la valentía, de modo que inculca en los lectores el fervor patriótico y defiende la hegemonía de los británicos. Se alejan de las historias morales en cuanto carecen de una llamada a seguir una creencia religiosa o una teoría de conducta o educación. Mezclan lo corriente con lo extraordinario para ofrecer al lector emoción, acción, peligro y sorpresa, y al mismo tiempo se detienen en las descripciones del magnífico entorno natural en el que se desarrolla la historia. El héroe es un representante de la clase media cuyas sólidas virtudes y sus habilidades físicas le permiten salir triunfante de situaciones extremas. Otra característica común a las novelas de aventuras es el hecho de que el héroe abandone el hogar movido por algún tipo de crisis personal y comience un largo viaje hacia tierras exóticas donde cumplirá con su deber ante Dios y su patria defendiendo el imperio. El objetivo de estas obras es que los niños extraigan enseñanzas prácticas sobre la vida en el mar y en las colonias, así como cualidades intelectuales y personales como la confianza en sí mismos, la voluntad de servicio a la nación, el orgullo de ser británicos, la fe en Dios o el convencimiento de su derecho a gobernar a sus inferiores, que les serán muy útiles en su vida de adultos.

El responsable de que la novela de aventuras se estableciese como género dominante en el siglo XIX fue el capitán Frederick Marryat, pero sus obras, por ejemplo, *Mr Midshipman Easy* (1836) o *Masterman Ready* (1841-2), son hoy en día menos conocidas que las de algunos de sus coetáneos.

Los relatos de aventuras náuticas de W.H.G. Kingston se caracterizan por su énfasis colonial, sus enseñanzas morales y su tono religioso. Bratton afirma que "Kingston's books are a point of transition within the tradition, rather than a new beginning." (Bratton, 1984: 132). Las aventuras de sus héroes gentiles en tierras exóticas están plagadas de naufragios, batallas y huidas.

De la generación de Kingston es Robert Ballantyne (*Coral Island*, 1857), que todavía mantiene el tono moralista de autores anteriores, y el capitán Mayne Reid

(*The Desert Home or the English Family Robinson*, 1851), quien se especializó en las aventuras de los pioneros en las Américas y obtuvo reconocido estatus a mediados de siglo. Ambos escriben para niños y en sus obras el elemento fantástico ya juega un papel importante. Mayne Reid ofrece a los niños lecciones prácticas y en ocasiones morales, pero fundadas en la razón más que en la religión. Relata la lucha entre las brutas costumbres de los tradicionales marineros y los nuevos hombres del siglo XIX, que se caracterizan por una conducta refinada. Muchos de sus episodios se convertirían en arquetipos de los libros de chicos, como son la derrota del abusón en defensa del débil o el rescate de una joven bella y de origen noble que acabará casándose con el héroe.

Las obras de Robert M. Ballantyne llevan al extremo los ideales del reverendo Thomas Arnold sobre el concepto de masculinidad. Ahora el caballero inglés posee tal grado de madurez moral e intelectual y responsabilidad, que su mera presencia supone la transformación positiva de cuantos le rodean. Se crea el estereotipo del inglés como ser superior y salvador de la humanidad.

George Alfred Henty, uno de los autores más prolíficos de aventuras durante las últimas décadas del siglo, también defendía la supremacía inglesa e inculcaba el imperialismo y el patriotismo en sus libros. El cristianismo también tenía cabida en su obra y por ello les transmitía a los lectores la idea de que el verdadero heroísmo era la verdad y la generosidad. Henty representa la militarización del género y sobre todo el interés por los aspectos económicos del imperio.

Otro sector destacado de la oferta de lectura para chicos en el último tercio del siglo XIX fue la revista masculina. Su número aumentó tanto que de existir sólo *Boy's Own Magazine* en 1855 pasaron a editarse alrededor de veintitrés en 1900. La mayoría de las revistas incitaban a los jóvenes a trabajar para la propagación del imperio británico reproduciendo relatos de las hazañas de jóvenes valientes que defendían y extendían las posesiones británicas. *Chums* (1892-1934) incluía principalmente historias militares y patrióticas y competía con la revista semanal de más éxito *The Boy's Own Paper* (1879-1967). Esta revista fue lanzada por la *Religious Tract Society* con la intención de entretener y de alejar a los niños de los "penny dreadfuls", semanales de alto contenido sensacionalista y violento que se vendieron desde la década de 1830 hasta finales de siglo. *The Boy's Own Paper* hacía hincapié en el carácter activo, fuerte e independiente del sexo masculino; consecuentemente, las lecturas ofrecidas versaban especialmente sobre invenciones científicas o mecánicas y técnicas de supervivencia. Con todo, la variedad de relatos permitía que fuese leída por chicos de diferentes clases sociales. Sin embargo, en 1914 sus lectores se redujeron a alumnos de internados y muchachos de clase media, por lo que su publicación pasó a ser mensual.

4. Conclusiones

A medida que nos acercamos al final del siglo XIX se aprecia una relajación en la inclusión de enseñanzas morales y religiosas; la literatura infantil conserva

cierto didactismo y sentimentalismo pero a la vez comienza a abrazar tendencias más modernas y diferentes a las propuestas por esta sociedad victoriana que toca a su fin. Se produce una transformación gradual que supondrá la pérdida de influencia de los adultos en la ficción infantil y la aparición de personajes infantiles más independientes y autónomos que solventan sus dificultades sin la interferencia de los mayores.

Como hemos constatado, hacia la última mitad del siglo se instauró la lectura diferenciada de acuerdo con el género del lector para instruir a los miembros más jóvenes de la sociedad sobre las principales ideologías, costumbres y reparto de roles que dominaban la Inglaterra del momento. La literatura popular sirvió, pues, como forma de control social al transmitir eficazmente a cada sector las enseñanzas que habían sido seleccionadas para ellos. La lectura de ficción para niños estaba restringida a temas que les hiciesen apoyar la estructura social existente, la legislación y que perpetuasen el poder masculino. Los textos para niños debían animarlos a explorar, vencer retos y dominar; el valor, el patriotismo y la lealtad primaban sobre la sabiduría. Los privilegios de la aventura en lugares exóticos, la acción, el dinero y la libertad de movimiento eran patrimonio exclusivo de los varones que disfrutaban de mayor variedad y entretenimiento en sus lecturas. El lenguaje de los libros para niños de finales de la época victoriana es directo y transmite información, no relaciones afectivas o problemas emocionales.

La ficción específica para chicas se ocupó durante décadas de inculcarles unos modelos de comportamiento circunscritos al ámbito doméstico y familiar, y valores de abnegación, sacrificio y responsabilidad. Sin embargo, a medida que se aproxima el final del siglo este tipo de literatura se ve beneficiado por la aparición de una cultura propia que afecta a todos los aspectos de la vida de las jovencitas. Esta nueva literatura, a pesar de las numerosas restricciones que todavía transmitía, muestra una cierta apertura hacia nuevos modos de comportamiento, maneras de ser y actitudes que no estaban permitidas a sus propias madres décadas atrás. Esta nueva cultura para jovencitas es muy evidente en libros, revistas, memorias y manuales de consejos que ofrecerían a las lectoras una nueva mirada que dejó de estar limitada a los modelos que les rodeaban y que les ofrecían sus propias familias. Las lectoras de finales de siglo aplaudirán a las nuevas heroínas que se oponen al modelo establecido. Estos aires de independencia que se ofrecen en la ficción femenina conforman ciertamente un ideal que se convierte en el sueño de las niñas de las primeras décadas del siglo XX.

Referencias bibliográficas

- Avery, Gillian y Bull, Angela. 1965. *Nineteenth Century Children: Heroes and Heroines in English Children's Stories 1780-1900*. London: Hodder & Stoughton.
- Avery, Gillian. 1975. *Childhood's Pattern: A Study of the Heroes and Heroines of Children's Fiction 1770-1950*. London: Hodder & Stoughton.

- Bratton, J.S. (1981) 1984. *The Impact of Victorian Children's Fiction*. London/Sydney: Croom Helm.
- Briggs, Julia. 1987. *A Woman of Passion: The Life of E. Nesbit*. London: Penguin Books.
- Bristow, Joseph. 1991. *Empire Boys. Adventures in a Man's World*. London: HarperCollins.
- Cadogan, Mary y Craig, Patricia. 1976. *You're a Brick Angela! A New look at Girl's Fiction from 1839 to 1975*. London: Victor Gollancz.
- Chesser, Elizabeth Sloan. 1913. *From Girlhood to Womanhood*. London: Cassell & Company.
- Dyhouse, Carol. 1981. *Girls Growing Up in Late Victorian and Edwardian England*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Green, Roger Lancelyn. (1946) 1969. *Tellers of Tales. British Authors of Children's Books from 1800 to 1968*. London: Kaye and Ward.
- Harvey Darton, F.J. (1932) 1982. *Children's Books in England: Five Centuries of Social Life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hayter, Alethea. 1996. *Charlotte Yonge*. Plymouth: Northcote House Publishers Ltd.
- Hunt, Felicity (ed.). 1987. *Lessons for Life: The Schooling of Girls and Women 1850 - 1950*. Oxford: Basil Blackwell.
- Hunt, Peter. 1994. *An Introduction to Children's Literature*. Oxford: Oxford University Press.
- Lazaros Honig, Edith. 1988. *Woman Power in Victorian Children's Fantasy*. Connecticut: Greenwood Press.
- Reynolds, Kimberley. 1994. *Children's Literature in the 1890s and the 1990s*. Plymouth: Northcote House.
- Reynolds, Kimberly. 1990. *Girls Only? Gender and Popular Children's Fiction in Britain, 1880-1910*. Philadelphia: Temple University Press.
- Richards, Jeffrey. (ed.). 1989. *Imperialism and Juvenile Literature*. Manchester: Manchester University Press.
- Ruzicka, Veljka, Vázquez, Celia y García de la Puerta, Marta. 1997. *La literatura infantil y juvenil angloamericana de nuestro siglo*. Barcelona: PPU.
- Ruzicka Kenfel, Veljka, et al. 1995. *Evolución de la literatura infantil y juvenil británica y alemana hasta el siglo XX*. Vigo: Cardeñoso.
- Shattock, Joanne. (ed.). 2001. *Women and Literature in Britain, 1800-1900*. Cambridge: Cambridge University Press.

LA INVESTIGACIÓN-ACCIÓN EN TRADUCCIÓN DE LIJ

Cristina García de Toro
 Universitat Jaume I
garcia@trad.uji.es

Resumen

El artículo describe una experiencia de traducción de un texto de LIJ realizado en común con estudiantes de la licenciatura de Traducción e Interpretación. Revisamos en él las diferentes fases por las que pasamos para la consecución del proyecto y nos centramos especialmente en una de ellas: el análisis de problemas. Para el análisis de problemas partimos de las propuestas de la investigación-acción, presentes hoy en día en la reflexión traductológica y cuya característica esencial es la de conferir al practicante/estudiante el protagonismo en el proceso de detección y resolución de los problemas de traducción.

Palabras clave: traducción de literatura juvenil, traducción entre lenguas en contacto, didáctica de la traducción, investigación-acción

Abstract

This article describes a student-faculty project in which participants translated a book of children's literature. The objective was to achieve a professional translation to be submitted to a publishing company at the end of the academic course. The article summarizes the different phases of the translation brief and focuses on problem analysis. For the analysis of source-text problems the proposals of action-research in translation teaching will be put into practice, giving the students a prominent role in the process of discovering and solving translation problems.

Key words: children's translation, translation between contact languages, translation problems, translation teaching, action-research